

LOS TRES PESOS DE CARNE

■ Anastacio Carrillo Guajardo, “Tacho Carrillo”*

A

quel domingo parecía como cualquier otro, el mismo cielo azul, los mismos animales ¡Vaya! Los mismos en la casa ¡Siempre lo mismo!

El panorama no parecía tener cambio, el mismo perro flaco, mis hermanos y hermanas, papá y mamá. Pero, ese domingo si hubo cambio... Mamá salió con sus ocurrencias y ningunencias, salió del jacalito techo de hoja, de dos aguas, limpiándose las manos con el delantal p'a luego hacer “tap'oyo” con la mano porque le calaba el sol; dirigiéndose a mi ‘apá le dijo:

—¡Oye viejo, por que no vas y te “trayes” un pedazo de carne, del pueblo!... ¡Ya estoy harta! De urracas, palomas, “godornices”, conejos, liebres y tanta mugre de animales que matan los güercos con la hulera.

A lo que contestó el viejo:

—Orita voy mujer, deja recoger estas oloteras que dejaron regadas estos diablos de lepes que las agarran de juego, en vez de ponerse a desgranar como la gente.

—Pero apúrate hombre, ¡Ya las tripas se me hacen chongo! Y con su parsimonia de siempre, “coló” p'a 'onde estaba el “tordío”, penco flaco, orejón y todo lleno de mataduras del espinazo; p'os ya lo desapersogó y p'os no'más le puso un “suadero” en el espinazo, ya no aguantaba la montura, estaba tan flaco que a siete cuadras le contabas las costillas, le podías poner un par de sombreros de charro en los cuadriles y ja galope tendido no se le “cáiban”!

*Nació en General Terán (1938). Ha trabajado como empleado del gobierno Estatal, así como de CONAFE y del INEA, sin embargo las ocupaciones que le han dado mayores satisfacciones son la de fotógrafo, poeta, locutor, escritor y cuenta cuentos. Es autor de diversos discos y libros sobre poesía, relatos y leyendas norestenses. Es conocido como el Cuentero Mayor. Además es Cronista Honorario de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales del Estado de Nuevo León.

Se montó en el “morsolote” aquel, cabezón y canoso, no'más usó una “silleta” costurera de mampuesto y picó ijares, ya que iba sentado hasta atrás en ancas p'a no lastimarle las “mataduras” que le hacía el fuste de la guarnición vieja y tostada por falta de untura que la conservara y al pasito pescó el sendero viejo con rumbo al pueblo, p'a que lo apuraba si ya de por sí se le doblaban las “canías” al pobre animal, así que, con el hocico como badajo de campana, mordisqueaba uno que otro tiernito de las ramas de arbusto que alcanzaba a su paso.

Así recorrió los tres kilómetros que había del ejido al



La esperanza aquí florece

poblado y llegó hasta la carnicería de don Pedro Bocanegra, pela'o fuerte, grandote, prieto, bigotón, ¡bruto p'al belduque! ¡Cortaba de 'onde querías!

Don Pedro tenía su negocio no'más dos cuadras al entrar y desde ahí divisaba quien salía, quien entraba y p'os alguno compraba ya sea p'a llegar con algo al pueblo y los que salían p'os p'a llevar p'al rancho, día de campo o lo que fuera, no'más lo vio amarrar en el mezcuitito la mugre de caballo, le dijo:

–¡Que flaco está el “tordío” compadre! ¡Cúralo! Qué mano la tuya que todos los animales se te “cayen”.

–Ya le hice todas las “luchas” compadre y no se cura, hasta una purga de creolina le dí, ¡No arroja nada! –dijo papá – Ha de tener haba!

– Y ¿A que viniste? ¿A poco no'más a verme compadre? ¡Ni tan chulo que estuviera –dijo Don Pedro.

–¡No'mbre compadre! La “cosijosa” de tu comadre otra vez con sus sonseras, ¡P'os no le dio otra vez por comer carne! ¿P'os que hace que le compré cinco pesos de barbacoa y longaniza? ¡Hará como tres meses! ¡Vaya a caerle ácido úrico!

–Y ¿Cuánto te pongo compadre?

– Hay dame unos tres pesos de pulpa suave, ya ves que p'os ya no encajan los “engranes”! – dijo papá, enseñándole el par de muelas que le quedaban buenas, confundidas con los raigones que daban muestra de que hubo otras tiempo atrás y dos o tres dientes del frente todos flojos.

Cuchillo en mano cortó Don Pedro un buen tasajo y lo tendió sobre el mostrador cubierto de lámina galvanizada, y de una hoja de pita tatemada, sacó una tira que pasó por un agujero en la carne, en el pedazo que tenía nervio y le hechó un nudo, dejando espacio p'a que cupiera la mano.

–¡Listo compadre! ¿Te los apunto? –dijo don Pedro.

–¡Que esperanzas! Vendí un frijolito que levanté de la cosecha.

–Y ¿Deveras vas p'a la casa? –pregunta el carnicero.

Muy mortificado le contestó: –Seguro 'ora no le toca comer carne a la “querida”, ¡Mira éste!

–¡Haiga cosa! P'os yo “creiba”...

–P'os ya que vas p'al ejido, llévale estos chicharroncitos y migajas que me quedaron de ayer p'a que les haga unas “gordas” gruesas de manteca a los muchachos, asina como no'mas mi comadre sabe ¡Mano de mujer! ¡Como guisa!

Con el pedazo de carne y con el alcatraz de chicharrones, desató el caballo, se hizo un nudo en la camisa, se guardó el cucurucho y se montó despidiéndose del buen amigo carnicero, llevando como tilín campana el trozo colgando de la mano derecha, llevando el mecate con bozal que servía de rienda; con la izquierda de vez en cuando espantaba las moscas p'a que no se pararan en lo que sería la comida del mediodía, por aquello que le dejaran un montón de “queresas” y peligro llegara con gusanos.

Hasta ahí las cosas iban bien, no'más que, al llegar al ejido, pasando la puente del arroyo, en la cooperativa, estaban toda la bola de “arrastra'os” que, al fin domingo, nadie trabajaba.

Casí tropezándose el “tordío” brincó los cuatro troncos que, mal acomodados hacían de puentecito sobre aquel chorrito de agua que entre breñales y tepetate partía en dos al ejido.

Cuando cruzó por la cooperativa, la “raza” empezó con sus cosas, con sus pullas:

–¡Que pedazón de carne Don Emilio! ¿Va a tener boda? le gritó el primero.

El viejón no'más se metió el sombrero hasta las orejas y se puso como hormiga de lo enchila'o. Otro le gritó:

–¡Hágalo “picadi'o”, p'a que le alcance p'a todo el “güerquillal” que tiene! ¡A ver si alcanza!

Mi 'apá no se llevaba con “naiden” y no'más que le talonea la panza al “cuaco” y p'os ni siquiera se dio por enterado, siguió al mismo paso cansado de siempre.

Más adelante, pasó por el molino de doña Juana, mujer muy “jaladora”, salió aventando una cubeta de “nejayote” y al ver a don Emilio, soltó la carcajada diciendo:

Sacó la lotería compadre? Hasta que va a comer como Dios manda mi comadre!

Han de saber que Doña Juana era la que sabía vida y milagros de todo el ejido y ranchos aledaños; sabía quién se casaba con quien, donde y a que horas; quien pedía, donde compraron las “donas” y cuanto costaban; quien cumplía años, bautizaba; quien iba, quien venía.

Por eso se mortificó don Emilio, no’mas de pensar que p’a eso de terminar el día, ya todo mundo sabría que él había pasado a las diez con doce minutos, con un cacho bien grande de carne de res.

—¡Ándale bonito! —apuró al noble penco, que por más esfuerzos que hacía, apenas avanzaba.

Pero todavía le faltaba pasar frente a la casa del viejo “aleluyo” Don Perfecto, —que de perfecto no’mas el nombre tenía— el más metiche y complicado de todo el poblado.

Agachando la cabeza, don Emilio alcanzó a verlo de reojo, ahí estaba, sentado en el tronco del encino que tumbó el ciclón “Beula” y que nunca permitió a “naiden” que lo hiciera leña, no’más por sus “tanates! como siempre presumía—

Navaja en mano, sacándole punta a una vara de anacua, don “Peto” —como le decíamos— se dirigió a papá:

—¡No dejan las cuotas de la Tesorería!, ¡Invite al comisariado, a ver sí alcanzan de a taco cada uno!

—¡Ándale, caballo “arrastra’o”! ¡Búyele! bufó papá, en el colmo de su paciencia, y le dio un cuartazo con el mecate que servía de rienda.

Después de todo este trayecto, llegó mi ‘apá con ‘amá Rosa y ni un “ya vine” ni nada le dijo, apersogó el caballo, vino y colgó los tres pesos de carne en el gancho con que se sacan las tinas cuando se caen a la noria, estaba amarrado con un pedazo de alambre de púas a una “lata” de techo, cerquita del “zarzo” de carrizos cortados, donde se olean los quesos.

Hecho esto, salió y se encaminó a donde amarró al “tordio” y sin ver a Doña rosa, tomó un poco de rastrojo de una “gavilla” y mientras le quitaba las mazorcas, se los fue dando al animal.

Mientras tanto en la cocina, la mujer se empeñaba en terminar de “echar” tortillas, con la masa medio quebrada, le daba el afine en el metate p’a que agarrara buena correa y así poder sacar “testal” y a puros aplausos extender aquellas “gordononas”, que no’más dos cabían en el comal de barro, que le daba ese sabor especial, con dos tortillas de esas y un pedazo, ¡quedabas harto! Sin más nada que embarradas con manteca y sal, hechas “machito”.

Doña rosa era famosa por la sazón que le daba a las comidas y muy seguido la convidaban p’a que le diera el “punto” a los guisos en las fiestas, bodas, cumpleaños, bautizos o cuando iba algún político a hacer campaña, y cuentan que uno de éstos, convocó a un concurso para ver quien hacía la tortilla de maíz, más grande y que Doña rosa ganó haciendo una del tamaño que casi cubría el comal, por lo que todo —tiznado por el ollín— lucía en la cocina de la casa, el diploma que le dieron, eso fue por 1936 o 37, pero lo presumía con mucho orgullo.

Pero me faltaba mencionar al principal personaje de este relato: “El diamante”, quien marcó punto de partida de todo este montón de situaciones.

“El diamante”, era un perro cruzado de dálmata y galgo, lo habían dejado abandonado en el pueblo y lo recogió Pancho, mi hermano mayor, pensó que por lo flaco, estaba trasijado, pero no, con el tiempo, gente que conocía de perros finos, les dijo que así era la raza, pero que no era puro, pues por las manchas estaba cruzado, y que las dos razas eran buenas.

Todo mundo pensaba que el perro también se nos había caído —por lo flaco—, porque animal que criábamos en la casa, todos se iban p’abajo en el peso, por esa causa, nos hacían bromas y nos inventaban un montón de mentiras, una de ellas era que, tan mala mano tenía don Emilio que una vez que quiso engordar un marrano, al matarlo, tuvo que comprar dos kilos de manteca p’a hacer los chicharrones y que era tanta la sal, que el tractor nunca lo echó a andar, porque se le enflocó de las llantas.

Como todo perro fino y de cacería, se

alimentaba de los animalitos del campo, por períodos se perdía y volvía, ya con una liebre, con un conejo o tlacuache. La cuestión es que no era por hambre que estuviera flaco. ¡Así era! Pero, ¡De que era busgo! Eso ni quien lo pusiera en duda.

Aquel domingo que llegó papá todo enojado y colgó la carne del gancho, “el diamante” estaba afuerita, hechado en el “relés” de la cocina, ahí donde mi ‘amá tiraba las “machiguas” después de hacer las tortillas, siempre buscando la sombrita y lo fresco, ya que el sol de agosto reverberaba de lo fuerte que se sentía el calor de la canícula.

De vez en cuando le echaba un vistazo al pedazo de carne que colgaba, esperando las atenciones de Doña rosa, que tenía pensado hacerlos en cortadillo con “masita”, p’a que rindiera y pudiéramos paladearlo mis ocho hermanos y yo.

Se levantaba “el diamante”, entraba en la cocina, miraba la carne y lamía el suero que escurría de los quesos, después regresaba a su echadero y volvía una y otra vez con la misma rutina.

Mientras tanto mamá, lavaba las vasijas y con la escobetilla de raíces, le daba un pasón al metate, el molcajete, el tejolote, la mano del metate y enjuagaba todo aquello, con el mismo amor y cuidado de siempre.

En eso, el perro se decide al ver descuidada a la mujer y tomando correntía desde medio patio, pasó por debajo de la parra, de la higuera que estaba sembrada a orillas del pretil de la noria, barrió con su sombra el volcán de piedritas del hormiguero de pamoranas coloradas y como una ráfaga entró a la cocina, de un gran salto, con sus quijadas arrancó el pedazo de carne, dio media vuelta y como un aliento, salió llevándose de encuentro, lo que se cruzaba a su paso.

Rozó apenas las enaguas de mi ‘amá y ésta al darse cuenta de lo que pasaba, volteó y vio al perro que parecía que llevaba dos lenguas de fuera y muy enojada le gritó:

—¡Perro! ¡Que no haiga un leño!... ¡Pero que animal muerto de hambre, desgraciado, tan méndigo, tan infeliz y tan pobre!... ¡Pero ya vendrás’n!

P’a cuando mamá terminó la letanía de malhayas, “el diamante” iba como a cinco cuadras.

Esta es la triste y muy lamentable historia de los tres pesos de carne que, aquel domingo, comprara papá en el pueblo, p’a mi mamá, porque ya las tripas se le hacían chongo de las puras ganas.

Aquellos tres pesos de pulpa suave que despachó con pilón don Pedro Bocanegra, pela’o prieto, grandote, fuerte, bigotón, ¡Bruto p’al belduque... cortaba de ‘onde querías!



Madre e hijo